

Discurso dicho desde un piano de cola en Oaxaca

Luis Porter

Escribo este artículo, que bien podría ser el germen de un largo ensayo, o el principio de una consecución de fragmentos, o una serie de notas breves, epígrafes hilvanados por viñetas simples, o simplemente una partitura para un concierto... lo escribo, repito, pensando que son pocos los que leen. La duda del escritor académico acerca de la curiosidad o interés que sus escritos provocan, está basada en hechos y estadísticas. Son pocos los que leen artículos académicos, menos los que los leen completos, contadísimo los que responden con un comentario al autor, lo que la lectura les haya sugerido. Sin embargo, cuando un profesor mayor, es decir, que ya ha cumplido cierta edad, que va dejando la década de los sesenta detrás, llega a la conclusión de que pocos o nadie lo leen, una vez superada la frustración y la decepción, surge un sentimiento de libertad. La libertad que me da la ausencia de un público lector, la renuncia a comentarios que nadie arriesga, me pone del lado del lector, y comienzo a pensar como él, o ella, que estos artículos sirven para poco, no son tan útiles, tienden a ser demasiado preocupados por la inteligencia, y poco por el disfrute estético de leer algo que emocione. Pensar así me sitúa en un espacio totalmente mío, que en un primer momento me desconcierta: ¿qué hacer solo en medio de la hoja impresa de una revista? y si el artículo, es semejante a una conferencia, ¿qué hacer frente a esta sala vacía? De todos modos me he comprometido a escribir un artículo y lo hago, como si en este instante estuviera saliendo al escenario de un inmenso teatro, a leerlo. ¿Cuántas personas caben en este recinto al que nadie se ha tomado la molestia de llegar? Si el tiraje de la revista fuera de 500 ejemplares... ¿correspondería cada ejemplar a una butaca? Pero si se tratara de una impresión electrónica, sin límite, y por tanto destinada al insondable espacio sideral, ¿estaré en un paraninfo como el de la Universidad de Guadalajara, cuya novia es la bóveda celeste?

El primer párrafo que escribo equivale a salir al escenario. Desde los entre telones, avanzo por las tablas del proscenio. Las cortinas están abiertas, escenario es amplio, lo comparo con la medida del lenguaje, creo que caben en él todas las palabras. Camino hacia el centro, donde veo un micrófono.

El micrófono es apenas una vara delgada de acero, casi invisible. Me siento poco protegido por esa raquílica columna. Miro alrededor y junto al telón de fondo, veo estacionado un gran piano de cola negro. Me acerco a ese instrumento y lo muevo suavemente. El instrumento cede y se deja empujar. Lo deslizo hasta el eje de simetría del auditorio. Me siento en el taburete y abro la tapa del teclado. Pongo en el atril estas páginas que estoy escribiendo. El teclado, con sus 88 teclas negras y blancas, me transmite un sentimiento de bienestar. Frente a mí, mi vista se va por el ondular de la tapa inclinada, hacia las hileras de las butacas, imagino en la oscuridad los palcos y las altas graderías. El espacio está negro, como una boca abierta. Constató que no hay nadie, no se oye nada. Estoy solo, dispuesto a iniciar mi discurso. Los ojos se acostumbran a la oscuridad y creo adivinar en la primera fila, una silueta. Efectivamente, con un cuaderno abierto y un lápiz entre sus dedos, distingo a la correctora de estilo. Su presencia me inhibe. No puedo evitar, que mi mente piense en qué tal voy a usar los gerundios. Un flujo de alertas prosódicas se ha despertado en mi mente. Pero pronto la apago, no me dejaré inhibir por esa experta en lenguaje. - Trataré de refugiarme en la amable vocalidad de los diptóngos - concluyo.

☞ Doctor en Educación por la Universidad de Harvard; especialista en planeación por el Instituto Tecnológico de Massachusetts; arquitecto con maestría en Urbanismo por la UNAM. Es investigador Nacional Nivel 2 del Sistema Nacional de Investigadores, CONACYT y miembro del Consejo Mexicano de Investigación Educativa (COMIE).

Académico fundador de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco; profesor-investigador del área de Educación para el Diseño en la División de Ciencias y Artes para el Diseño de la UAM-Xochimilco.

Actualmente coordina la red internacional de investigadores "Cero-Veinte" donde se estudia la relación entre los primeros seis años y la condición de estudiante universitario. En este proyecto participan universidades públicas de México (uam, Colima, Sonora y Chiapas) junto con investigadores de UNICAMP, (Universidad de Campinas, Brasil) UBA y UNITREF, Universidad de Buenos Aires, y Universidad Tres de Febrero, Argentina, respectivamente.



ICEUABJO 2014

Me dispongo a empezar:

Señoras y señores - digo, no sin cierta ironía. Mi voz, sin embargo, no emite ningún sonido. Levanto la mirada atraído por los brillos de la araña que cuelga de la cúpula, y descubro que esos brillos no son de cristales o de otro material, sino que se trata de estrellas distantes. Me doy cuenta que nos encontramos en un anfiteatro al aire libre. Nos cobija la noche tibia y sin luna. Estoy bajo un festival de estrellas, lo que los hindúes llaman un Diwali. Lo siento sobreponiéndose a la noche con su callado cascabeleo celestial, y entonces digo: - La negritud es en realidad un azul profundo . La frase queda colgada del aire, no provoca ecos, puedo continuar con lo que se me ocurra, me repito. Podría cantar, (si viniera al caso), sigo hablando conmigo mismo, - y aunque no venga al caso, ¿por qué no hacerlo?, ¿por qué no aventurarme a cantar? Arranco con un la. Me apoyo en el piano, haciendo vibrar el la. Antes de nada, afirmo el diafragma, y suelto la voz. Laaaaaaaaaaaaa - el sonido se reproduce hasta viajar hacia una dimensión lejana. Se va hasta que, lentamente se apaga. Mi voz no me asusta, lo volveré a intentar, aunque ya estoy dispuesto, ahora si, a decir algo. ¿Pero qué? ¿qué digo que sea convincente y que refleje lo que siento?, ¿Qué le digo a nadie? Lo único cierto es que allí estoy yo y que me estoy escuchando a mi mismo. Puedo hablar conmigo mismo en voz alta. La revisora de estilo parece anotar algo en su cuaderno. Pero me tiene sin cuidado. Tampoco están los que van a dictaminar el artículo. No tienen porque venir. Los dictaminadores están siempre en otra parte. Ese es su oficio. Como a ellos, o más que a ellos, nada me apura.

-Estoy en un inmenso anfiteatro al aire libre y al quedarme en silencio, escucho una vibración lejana que llega desde alguna parte del espacio exterior. No sin asombro, descubro que ese velo negro que tengo frente a mi no es tan silencioso como creía. Ciertos sonidos, antes imperceptibles, ahora los

puedo escuchar. Creo distinguir un mi, y un fa, después otro mi. Pienso en Kepler. Una misteriosa resonancia llega desde el fondo del teatro. Pienso que la tarea de escribir, de comunicarse, de tratar de explicar algo, no es otra cosa que una manera de hacer música, una música que surge y forma parte del funcionamiento del universo.

-Los intervalos musicales son regulares , digo en tono pitagórico frente al micrófono encendido. Mientras tanto, percibo sonidos e incluso notas, formando una escala musical armoniosa que relaciono con los cuerpos celestes. - No estamos solos - me siento obligado a decir - formamos parte de una armonía mayor que es el cosmos. Sin embargo nos hemos alejado del centro de las cosas, hemos perdido la auto-crítica, y con ella el equilibrio que requiere la vida para que formemos parte del todo. Me detengo. Ahora siento que mi discurso se vuelve conferencia, que a ese que está oyendo quisiera transmitirle, de manera por demás elocuente, lo que pienso hoy. La modernidad falló, la razón no cumplió con lo que profetizaba, el sueño moderno nos instaló en el imperio vacío de la técnica, haciendo a un lado la metafísica y abandonándonos entre la decepción y el desengaño. ¿Por qué segmentar la educación superior en universidades técnicas, que no son universidades, en lugar de continuar inaugurando las universidades públicas que tanto nos faltan? Los políticos, con toda la propiedad con que se presentan ante los micrófonos, afirman que ya no hay trabajo para las profesiones que surgen de la Humanidades. Tampoco para los ingenieros de verdad, o los científicos. Lo que necesitamos son técnicos. Eso dicen, e inauguran instituciones que desvían la formación de seres humanos completos, con actitud crítica, con capacidad de propuesta, de imaginación de proyecto, por individuos más limitados, masculinos, capaces de hacer, antes que pensar.

-Esa realidad que vivimos la podemos reducir a las siguientes declaraciones: - La máquina triunfó sobre la mano, la educación se alejó de la vida, las políticas escogieron el camino fácil, instituciones que no forman parte de su paisaje humano, ni físico, ni geográfico. Nos duele formar parte de instituciones que le dan la espalda a su entorno cultural, a su riqueza, a su futuro, y se limitan a ser prácticas con los intereses inmediatos, mas inventados que reales, en un país que se define como maquilador, en vez de creativo.

-La palabra sensibilidad, (que los cubanos entienden como *feeling*), ha sido desvirtuada por el exceso de razón y la técnica que vacía el espíritu. Al hacerlo ha roto la unidad del individuo humano, nos constriñe al manejo de un torno, a la construcción de un circuito, al mantenimiento de una máquina, alejándonos de la conciencia de formar parte de un todo. Al separar mente de corazón, nos lleva a confundir sensibilidad con emoción.

-En este instante se encienden los proyectores y el escenario se llena de hologramas. La modernidad positivista,

prepotente, monolítica e impositiva, en manos de políticos que han olvidado su paso por la universidad, nos lanza hacia una visión que anula al sujeto, niega la subjetividad, y enfatiza la destreza. Al hacerlo nos impide reconocernos, ubicarnos en el mundo, y ejercer una moral. Todos, y en especial los estudiantes, nos encontramos a merced de un entorno hecho de entidades vacías. -

-¿Pasa eso también en Oaxaca? En Oaxaca las contradicciones se hacen mas visibles. Simplemente porque es un estado, y una ciudad capital, en donde hay individuos que pusieron atención a la sensibilidad. En Oaxaca florece el arte, hay líderes que se ocupan de darle sentido al papel y a la tinta, a los viejos edificios y las nuevas tecnologías, a la riqueza heredada y el día de mañana. Por eso en Oaxaca, las políticas centralistas e impositivas se discuten, se contienen, se resisten. Hay capacidad de respuesta, de contra-propuesta, de iniciativa propia. Oaxaca creativo, Oaxaca artístico, Oaxaca cultural, Oaxaca artesano...

-Al hablar así, en el escenario aparecen esculturas móviles, hologramas, diagramas, y animaciones que nos dejan ver como si fuéramos pájaros volando, los monumentos y las restauraciones, realizadas en últimas fechas. En Oaxaca se impide que se construyan monótonas cajas de cristal, símbolos de poder vacíos de sentido. En Oaxaca no se permite que la razón, anti-simbólica, sea la que diseñe edificios-vidrieras. En Oaxaca nos dejamos deslumbrar por nuestro propio arte. En Oaxaca, no nos hemos sometido al totalitarismo de la estandarización, ni a las franquicias que todo lo uniforman. Tampoco caímos en manos de la posmodernidad con su conocimiento débil, relativizado, diluido, que nos lleva al sentimiento de que ya no sabemos nada, porque todo es posible.

-Oaxaca se puede vanagloriar de que los arquitectos y urbanistas que se han acercado al poder de decisión, son gente que sigue conectada con el cosmos, no son seguidores de modas, no han borroneado el paisaje con vacíos imaginativos, no han enterrado al campo verde bajo el pavimento. Han transitado el camino para la reconstrucción de aquellas estructuras vivas, que engalanan la ciudad, las ciudades, con su orgullo prehispánico, con su orgullo colonial, con su orgullo religioso, con su orgullo palaciego...

-Detrás del piano de cola, como un nuevo juego de imágenes, el cosmos se mete al paraninfo y reproduce Monte Alban, Mitla, las imágenes familiares de este maravilloso pueblo. En Oaxaca la persona es sagrada, caminan hacia la unidad del todo, se respeta la herencia, y al hacerlo se respeta a ese otro, que es nuestro hermano, nuestra hermana. El camino hacia el respeto y la sensibilidad humana es el amor. El amor, el afecto, el interés genuino en ese otro que está a mi lado, es el camino que la educación en Oaxaca ha escogido recorrer, en la creencia de que la salvación por el conocimiento, o el camino de la salvación es el amor. San

Juan, el evangelista nos iluminó diciendo: el conocimiento por amor. En Oaxaca no son oscuras las tinieblas y la noche puede llegar a ser tan luminosa como el día.

Los educadores utilizan el recurso de la metáfora, conocen el papel de la palabra, no son ajenos a la poesía, ni a su música, giros y cadencias. En Oaxaca el arte nos lleva tomados de la mano (del oído, de cada sentido...) hacia el misterio donde espera ese otro que por un tiempo dejamos de ver y de tocar. El camino del amor es el del respeto a ese ser sagrado que es nuestro semejante. Aunque la palabra amor tenga el inconveniente de desencadenar, aunque sea por un instante, una sombra de temor; el temor a nuestra propia sensibilidad. No le tengamos miedo a la palabra amor, reinvindicémosla, no la utilicemos mal.

Con las manos apoyadas en el teclado, siento que mi discurso comienza a encontrar sentido. - ¿No hay preguntas? - . La correctora de estilo lanza una leve exclamación, difícil de interpretar. Una serie de remolinos de viento cálido mueven el cortinado que enmarca el escenario. Desde lejos se oye el sístole y el diástole de las aguas saladas y las aguas dulces, del viento que llega y se va, de las nubes cruzando el cielo azul, meciéndose como un péndulo espacial. El auditorio ya no está vacío. Lo habita esa totalidad formada por el alma humana. La vida se abre paso por la oscuridad y ahora la veo frente a mi, como si fuera un texto, alguien puso una partitura en el atril del piano. El pentagrama me permite adivinar el sentido global que tiene nuestra existencia. Estoy viviendo la transferencia de ese cosmos que como el rocío de la madrugada, se extiende sobre el aire del teatro. Sentado en el taburete del piano negro, estoy viviendo una interacción transferencial con las estrellas del firmamento, y con una pléyade de jóvenes, muchachas y muchachos, que han ido ocupando las butacas de la inmensa platea. Somos muchos y no estamos solos. Con tono de conclusión y paso al diálogo, agregó: - En México estamos hechos de maíz, al sol lo representa un venado, un venado que sale en la madrugada como un guerrero valiente que propicia la fertilidad y la continuidad de la vida -.

- Pausa - Ahora veo y ubico al vasto público. Se encuentra disperso frente a mi, como parte del cielo estrellado. Ocupa fragmentos de planetas equidistantes. Se mueve entre las notas de una escala armónica. Se conecta con palabras puras a la oralidad del todo. Lo hace en silencio. Me doy cuenta que mi discurso lo entienden tan solo los que saben leer los labios.

- Nos conectamos al todo por medio de centros que responden a una geometría regular, no distinta a la de los intervalos musicales de esos planetas equidistantes que emiten las notas de una escala armónica. Todavía existen en nuestra ciudad estructuras vitales que nos conectan con el movimiento de los astros y de las esferas. La única propiedad que tiene esa geometría es la vida. Necesitamos seguir creando estructuras

vivas, para retomar la belleza, que es parte del mundo afectivo. Queremos ejercer nuestro quehacer educativo dentro de estos esquemas generadores de vida, con sus secuencias, códigos, lenguajes dinámicos, cambios de paradigma, hasta llegar a navegar juntos solamente en estructuras flotantes, que como las preshispánicas trajineras de Xochimilco, en el valle de México, se deslizan sobre las aguas dulces, siguiendo el movimiento de los astros -

En el escenario, como una maqueta viviente, se muestra una visión de la universidad del futuro, que se extiende hacia su entorno, preservando para siempre su condición prehispánica, multiplicando su vegetación, ahuyentando a la urbe destructora, cuidando y recuperando su condición de patrimonio de la humanidad, ahora bajo el cuidado de los artistas, de los músicos, de los literatos, de los arquitectos, en suma, de los humanistas universitarios. Los técnicos de las nuevas instituciones que intentan negar la poesía, por considerarla poco útil al mercado, se acercan a la universidad, y completan en ella su educación ampliando su visión y su sensibilidad humana. Junto con las grandes plazas, las piedras verdes, las calles queridas, los cerros y los valles, entre el todo que forman los pechos del valle y la copa del cosmos, llegamos al final:

-Cuando nos sentamos frente a un piano de cola, lo que estamos haciendo es sumarnos a la armonía de las esferas, a la vastedad del firmamento, que en el México antiguo se percibía como la armonía de los astros. Formar parte del cosmos, flotando sobre las aguas dulces de nuestro valle, se hace evidente cuando entre los ahuejotes, escuchamos el silencio, y de la mano de nuestro semejante, o de nuestro alumno, nos disponemos a volver a vivir. Vivir desde nuestra cultura conservándola y haciendo que siga creciendo en nuestros hijos.

Diciendo esto, quitó sus manos del teclado, todas las luces se encendieron y allí estabas tú: gracias por leerme. ✎

